

PREFACIO DEL AUTOR

Los éxitos de libros como *L'Assommoir* y *Germinie Lacerteux*, que agitan, mueven y acaloran á parte del público, no son, en mi entender, sino lucidos encuentros de vanguardia; y la gran batalla que decidirá la victoria del realismo, del naturalismo, del estudio tomado del natural en letras, no ha de darse en el terreno elegido por los autores de las novelas susodichas. El día que un escritor de talento renueve la análisis cruel realizada por mi amigo Zola,—quizás también por mí,—al pintar las clases ínfimas de la sociedad, y la aplique á la reproducción de hombres y mujeres de elevado rango que respiren ambiente de bue-

na educación y distinción, ese día tan sólo podremos contar entre los difuntos al clasicismo y sus rezagos.

Era ambición de mi hermano y mía escribir la novela realista de la elegancia. El Realismo (sirvámonos de la palabra trivial, la palabra-bandera) no tiene por exclusivo encargo describir lo bajo, repulsivo y mal oliente, no; que también ha venido al mundo para grabar en artísticos caracteres lo lindo y fragante, para fijar aspectos y rasgos de seres refinados y objetos ricos, pero mediante un estudio exacto y riguroso, no convencional y fantaseador de la belleza; estudio análogo al que de la fealdad realizó la nueva escuela durante estos años últimos.

Y diránme: ¿pues, por qué, no escribió usted, ó intentó siquiera escribir, esa deseada novela? ¡Ah! Hemos empezado por la canalla en razón á que, la mujer y el hombre del pueblo, más próximos á la naturaleza y al estado salvaje, son criaturas sencillas y nada complejas; mientras el parisiense y la parisiense de la sociedad selecta, excesivamente civilizados, y cuya marcada originalidad se compone de matices y

medias tintas, de menudencias vaporosas—semejantes á las gentiles y discretas menudencias que prestan carácter de distinción al tocado y adorno de una dama,—exigen años de observación á quien se propone conocerles, calarles y *cazarles*; y apuesto yo á que el novelista de más alto genio no adivinará nunca á las gentes de salón si se guía por los amigos *chismógrafos*, que en lugar suyo van á escudriñar el mundo elegante.

Toda investigación relativa al hijo y á la hija de la civilización parisiense, es larga, difícil, laboriosamente diplomática. A la primer visita comprende el observador el interior de un obrero ú obrera; pero en un salón de París... hay que gastar la seda de las butacas para sorprender su espíritu y arrancar una confesión general á sus doradas molduras.

Describir á tales hombres y mujeres y á la atmósfera en que viven, requiere inmenso archivo de observaciones, notas innúmeras, tomadas á fuerza de calarse los quevedos y un caudal de *documentos humanos* comparable á los rimeros de cuadernos de bolsillo que á la muerte de un pintor repre-

sentan todos los apuntes que esbozó en su vida. Y—digámoslo muy alto—únicamente con documentos humanos se hacen buenos libros, libros donde se encuentre verdadera humanidad, con firme aplomo planteada.

Después del fallecimiento de mi hermano, abandoné, convencido de que me sería imposible vencer solo, el proyecto de novela situada en el gran mundo, y cuyos elementos delicados y fugaces recogíamos con minuciosa lentitud... Volví á él más tarde... y será la primer novela que publique. ¿Llegará este caso, atendida mi edad? No es probable... y el Prefacio que escribo se encamina á advertir á los escritores jóvenes dónde está el triunfo del realismo, lejos ya del género *canallesco*, hoy agotado por sus predecesores.

Por lo que respecta á *Los Hermanos Zenganno*, novela que ahora doy á luz, es una tentativa de fusión poético-realista (1). Qué-

(1) A propósito del elemento real en que envolví esta ficción, quiero tributar cumplidas gracias á Victor Francini, Leon Sari y los hermanos Hanlon-Lees, quienes, aparte de su destreza gimnástica, aplaudida por todo París, son capaces de raciocinar acerca de su profesión como sabios y artistas.

janse los lectores de las recias impresiones que les producen los autores contemporáneos con su realidad brutal: mal saben que el fabricante de realidad sufre harto más que el espectador, quedando á veces afectado de los nervios semanas enteras á consecuencia del penoso y doloroso alumbramiento del libro. Pues bien: este año atravesé yo una de las horas caducas y enfermedades que la vida encierra, hora en que me sentí cobarde ante el trabajo angustioso y torturador de mis libros acostumbrados, y en que, merced al estado de mi alma, la verdad excesivamente verdadera me era antipática... ¡á mí!... Y, por una vez, produje imaginación, enlazando ensueños y memorias.

EDMUNDO DE GONCOURT.

23 de Marzo de 1879.

